
Sociedad Anónima

Diamela Eltit

I

Porque ya se sabe que este final de milenio es una ficción. Se trata de convencernos —y estamos plenamente convencidos— de que transcurrimos de manera ordenada, inmersos en un tiempo que pudiera ser externamente mensurable. Terminamos por aceptar la imposición de una cronología que se dedica a perfeccionar su maníaca exactitud. Pero también sabemos, de manera oblicua y parcial, que este tiempo externo es un simulacro, un pacto, una operación política para someternos a la monotonía de las pautas y así entrar de lleno a una fórmula domesticadora que termina por hacernos parte de una convención.

Y allá, más lejos, más atrás, a medio camino entre la anecdotización de los objetos y la vieja nostalgia, el atávico reloj de arena mantiene la costumbre de ejecutar su cuenta regresiva hasta que después de la caída del último grano —el fin del tiempo— queda en evidencia que sólo permanece un vidrio neutral, un vacío, una ventana que se transparenta hacia ninguna parte.

Entonces, o vale la pena o no vale la pena recapitular en torno a la felicidad salvaje que provoca el sobrevivir a un siglo. Digo, el asombro. Pero junto al asombro, escondido en un repliegue de la pervivencia, se asoma el signo depresivo del duelo; el miedo que detona la negativa a refugiarnos en el nicho que nuestro siglo no propuso.

Pero miles de millones de nosotros atravesamos el siglo cercados por la felicidad o la culpa, ligeramente desencajados o desencantados o escindidos entre la tendencia primitiva hacia la vida y la sensación insoportable de llegar demasiado tarde al nacimiento —siempre artificial— de un siglo que luchará por deshacerse de nosotros: sus decrepitos progenitores.

Porque en el afán por contabilizar los años, debemos pensarnos como los que portamos encima, al menos, la memoria corporal de un siglo, y exagerando, los síntomas de un milenio. Gracias a la exacerbación de la cronología y sus relojes creciente y literalmente al alcance de la mano, podemos pensarnos como el símil de una de las más famosas figuras temibles de la estética: el vampiro que atraviesa incólume las épocas, mientras traslada en su interior el maleficio trágico de la sed de sangre que le legó un destino, por supuesto, inesperado.

Pero también la leyenda que atesora el siglo antiguo nos convierte en testigos —en el sentido más jurídico del término— de una época que aún se niega a cualquier linealidad. El siglo ha terminado y, sin embargo, mantiene cuotas de desajuste, pequeños territorios que parecen no pertenecer a una historia reconocible porque anudan demasiados tiempos, un sinnúmero de irregularidades, una cantidad impresionante de reflejos.

II

La cronología nos ubica en un espacio, nos hace partícipes obligatorios del siglo. Somos, en cierta forma, el siglo que nos deja.

¿Qué nos deja el siglo? Podría ser una de las preguntas elementales, sencillas, previsibles. Nos deja —quizás así lo diría precipitadamente el ingenuo respondedor de preguntas— un conjunto de ensayos generales, una serie de puestas en escena siempre a punto de representarse. Variadas puestas en escena de un texto teatral marcado por detalles crueles. Pequeños detalles incrustados a una escenografía signada por la deliberación o la dominación o la avaricia.

Nos deja también la inclinación a la crueldad, a la dominación, a la avaricia.

En Chile, más allá de cualquier deseo de siglo, más allá de las intenciones políticas de blanqueo de la historia (me refiero a su neutralización), el siglo xx chileno me parece que quedará prisionero en un relato enteramente contaminado por el golpe de Estado de 1973. El golpe será el hito visible tras el que se agrupará laberínticamente el centenario. Una ordenación circular que permitirá atisbar, con una cierta nitidez, la escalada programática de los distintos tipos de violencia que han recorrido los últimos cien años.

Sin embargo, mi opción aquí ha sido detenerme en algunas de las marcas sociales y culturales de este fin de siglo en Chile. Unas marcas percibidas desde una mirada —tal vez sea inútil advertirlo— que no pretende ser neutral.

En este sentido me parece estratégico pensar en la figura casi clandestina, a niveles públicos y oficiales, de Salvador Allende, cuya imagen, a mi parecer, ha resultado obturada tanto por la derecha, por el centro DC, como por la izquierda concertacionista. Pensar la imagen de un Allende casi inexistente puede iluminar la metáfora de un sueño oficial y centrista, como ha sido inyectar en la ciudadanía el olvido. Un sueño de olvido manejado desde articuladas y sostenidas represiones para producir así un estado de desmemoria.

Mientras socialmente la figura polémica de Allende ocupó, de manera sistemática, gran parte de la primera mitad del siglo XX en su lucha por obtener el poder político, después de su muerte, tanto la dictadura militar como la transición a la democracia, han procurado difuminarlo, expulsarlo de la agenda social, mediante diversos mecanismos.

La dictadura, a través de bandos oficiales, presidios, asesinatos y una suma inacabable de miedos que actuaron como articuladores de las nuevas programáticas sociales, buscó erradicar una parte de la memoria nacional, porque entendió la memoria como un tumor extirpable (General Leigh). La Concertación, en cambio, emprendió una fórmula distinta, pero también discutible por su cuota inherente de violencia cuando quiso hacer de la reconciliación una instrumental de olvido.

Olvidar a Allende (cuando digo Allende, quiero nombrar una sensibilidad, una epopeya económica, un trabajo relevante con los mundos populares, el quiebre democrático, las secuelas abismantes de caída de la Unidad Popular), olvidar la historia inmediatamente anterior, olvidar las contaminaciones, olvidar que prácticamente todo el cuerpo político que hoy nos circunda es, en gran medida, el mismo que protagonizó el escenario de la fecha central del siglo: el golpe del 11 de septiembre de 1973.

Olvidar a Allende, en el sentido de pensar a Allende como un cuerpo cargado de signos, ha sido una empresa propiciada mayoritariamente por la Concertación a lo largo de los nueve años de transición democrática. Mientras la derecha (en tanto autora y tutora del capital) ha convertido a Allende en un sinónimo del desprestigio —no es para

menos si se piensa que Allende buscó un nuevo pacto económico y, para decirlo con toda claridad, en ese nuevo pacto se alteraban, en parte, las bases del capitalismo— la Concertación, en cambio, ha intentado minimizarlo, disminuirlo en los discursos públicos, apelando al futuro, evitando así el discurso directo que podría validar o analizar un pasado que buscó darle estatuto estético a los cuerpos populares.

Y aún más, la propia izquierda concertacionista, terriblemente debilitada por su falta de imaginación política, ha impulsado el olvido de Allende a partir de la sostenida presencia de un microgrupo. Un olvido que se ha vuelto necesario para mantener y consolidar su alianza con la Democracia Cristiana que es, a mi parecer, un partido normalizador, que busca hacer del país una gran familia llena de valores que resultan, en gran medida, estereotipados. Digo, la propia izquierda y hasta segmentos de su partido, el remodelado Partido Socialista, disminuyen la relevancia del que fuera su líder más importante del siglo, para permanecer cupularmente en los escenarios públicos cumpliendo un rol izquierdista que, a menudo, resulta bastante teatral (lo digo en tanto representación declamatoria), una simulación cursada en pactos relativamente intrascendentes, un socialismo empeñado en sumarse a la instalación de la hegemonía del más común sentido común que se autoimpuso la política a partir de los noventa.

Comprendo de antemano que existen factores internacionales que incentivan, en un mundo globalizado, una forma política y no otra, pero, sin embargo, prefiero evitar caer en este tipo de argumentaciones y, especialmente, prefiero renunciar a ese sentido común porque, de manera irreversible, estos discursos, finalmente mediocres, vienen a favorecer las consolidaciones económicas del ultra capitalismo y posibilitan el despliegue ostentoso de una forma cultural única, ejercida por un segmento más que discutible de la burguesía nacional.

Pero ya sabemos que la historia, como los niños o los gimnastas, se da vueltas de carnero y, ocasionalmente, se ríe a carcajadas y demuestra así el poder subversivo que puede portar la risa.

Pinochet, victimario de Allende, Papá Noel del empresariado chileno, animita ambigua de la derecha política, patriota del mundo militar, se transformó en el terremoto ideológico que abrió grietas en el interior de un proyecto que se caracterizaba por refugiarse en iniciativas carentes de toda propuesta política y que provocaba, a mi parecer, una ya perdurable modorra.

Y entonces, con la detención de Pinochet se produjo el estallido de imágenes y discursos nacionales e internacionales que incluso alcanzaron a postergar a las populares teleseries y hasta disputaron cámaras con las finales del tenis o los campeonatos de fútbol o la crónica roja, que eran los sucesos públicos más apasionantes que ofrecía el fin de siglo a la ciudadanía chilena.

Es necesario recordar que antes de la detención de Pinochet y, en el marco de la sensibilidad oficial políticamente programada, toda referencia crítica y analítica al pasado político desde los setenta hasta el ochenta y ocho, estaba reprimida mediante la consignación de algo “pasado de moda” o “aburrido” o “denso” o cualquier calificativo despectivo que ponía al que enunciaba estas problemáticas en una anacronía excluyente, lejana al espíritu concertacionista y a su frágil y ambiguo progresismo.

Tal vez sería pertinente continuar recordando que, sin embargo, a pesar de la sensibilidad dominante, se produjeron algunos sucesos editoriales provocados por el ensayo, principalmente por el libro de Tomás Moulian: *Chile Anatomía de un Mito*. O inmediatamente después de la reconversión de Pinochet de dictador en senador de la república, la aparición de otras publicaciones que examinaban críticamente la relación pasado-presente histórico. Pero, según mi opinión y, más allá de la voluntad de sus autores, estas producciones están enraizadas a las operaciones del mercado editorial que propició la permutación del *boom* de la nueva narrativa chilena por el *boom* del —digamos— ensayo chileno.

No me parece pertinente asignarle al *boom* generado por la recepción masiva del ensayo o de textos de corte ensayístico o de opinión, un impacto social de corrección de la memoria, en la medida que estas publicaciones, que sí consiguieron (y siguen logrando) un notable éxito editorial, no han conseguido una equivalencia en otras esferas públicas y sociales.

Pero sí Pinochet preso en Londres ocasionó un apresurado y considerable golpe en la memoria social. Instancias que hasta el momento permanecían estigmatizadas por los pactos del sistema imperante, como las organizaciones de derechos humanos, reaparecieron tenazmente en los escenarios públicos y, a pesar que esta reaparición haya estado signada por la permanente defensa que hacían de ellos mismos, quiero decir, defenderse por defender los derechos humanos, defenderse por desear justicia ante el asesinato de sus fa-

miliares, defenderse por no aceptar la inmunidad de los criminales, aun bajo estas circunstancias, se debatió públicamente, de manera inédita, en medios de comunicación masivos, un pedazo reprimido de historia que aludía al reclamo por cuerpos asesinados y privados aun del derecho a ocupar una tumba.

Pinochet preso en Londres puso de relieve las débiles junturas de olvido, enfatizó la magnitud y el alcance de los pactos, las indecisiones, el poder social de permitir o reprimir los duelos históricos y, muy especialmente, la valoración gubernamental de los poderes fácticos por encima de la opinión de la ciudadanía. Puso en evidencia la impresionante manipulación ejercida por los medios de comunicación (controlados por el capital y la derecha), las calidades y espesores de las voces oficiales, mostró —y sigue mostrándonos— el gesto obstinado de hacer de la política de fin de siglo un camino ascético, un mosaico inacabable de negociaciones gerenciales que se resuelven en la mera devoción por negociar.

Pinochet retenido en el extranjero ha sido el remate espectacular e inesperado del fin de siglo. Un espectáculo, en cierto modo, circense y, hasta cierto punto, festivo, donde prima el malabarismo de los discursos públicos, los apasionados intentos multioficiales por traerlo de vuelta a un espacio que, todos sabemos, resulta molesto para sus mismos gestores, digo, la derecha “lavinizada”, la concertación “laguizada”, el ejército que convierte a su actual Comandante en Jefe, en un simple mediador, la iglesia conmocionada por la ruptura de su afán reconciliatorio, los empresarios alterados en su compulsión de acumular sus gigantescas y herméticas alcancías.

Pero, más fuerte que las propias conveniencias, más allá del asombro internacional que provoca la actitud del gobierno chileno, lo más importante parece ser la orden sincrónica de traer de vuelta a Pinochet a través de numerosas gestiones realizadas por los macropoderes múltiples, que fueran encabezados por un canciller socialista quien, por su entusiasmo y por su empeño, incluso fue elegido “el hombre del año” por una revista de vida social donde hace sede la UDI. Traer de una vez por todas de vuelta a Pinochet para terminar con este traumático examen al pasado, con este inesperado disturbio, con este acoso a la memoria.

Porque es el despliegue de la memoria lo que está en juego trizando así un proyecto que se deseó fundacional. Doble fundación

de fin de siglo. Por una parte, la dictadura y su intento psicotizador de convertir al país en un regimiento: valores patrióticos, orden, jerarquizaciones, disciplina como inicio de una era en la que se decretaba el fin de las ideologías, el término de la historia y se ponía en marcha un neoliberalismo sin restricciones, que fundaba un determinado tipo de sociedad destinado a modernizar al sujeto chileno para ponerlo de cara al consumo generoso de la mundialización, a la que más adelante iba a pertenecer, a través de la compra y el endeudamiento.

Y después, la Concertación, ya enteramente entregada a la globalización, siguió refundando el país bajo el lema de lo conciliable y lo reconciliable, instalando así una democracia —digamos— ejecutiva, basada en mecanismos alienantes que hoy esconden en su interior la proliferación de una política represiva del silenciamiento público y escándalo ante cualquier divergencia, como no sean las disidencias que proponen la derecha y los poderes aliados a la ex dictadura militar.

Entonces, el apresamiento de Pinochet en Londres es un suceso que abre la posibilidad de explorar un mapa político que, a mi parecer, termina de transparentar sus mecanismos. Puede ser que lo único importante en este fin de siglo sea la capacidad del estado de mantener un diálogo cordial con los que parecen ser sus únicos interlocutores: el capital, los militares, la iglesia católica y la derecha política, en tanto representantes del capital en el parlamento.

Pero claro, la jerarquía del diálogo está encabezado, en primer término, por la figura móvil del empresario. Porque ya sabemos que es el empresario (cuando digo empresario me refiero a la nueva forma de un capital que se fuga, se desplaza, se muda, circula por el planeta a niveles ya incontrolables) quien maneja parte importante de los hilos del país, en la medida que las inversiones son hoy las grandes instaladoras de sensibilidades y subjetividades públicas.

Pero son las instancias fácticas las que lideran el presente y posiblemente conservarán su injerencia durante varios años del próximo siglo. Digo, la preponderancia divinizada de la actividad empresarial, lo militar y lo religioso sumado a los pactos políticos con la derecha, ponen a la ciudadanía y a sus deseos en un lugar de creciente devaluación. Ya no es la opinión pública un referente válido para realizar políticas y para establecer éticas —asistimos a la vertiginosa muerte del lema “gana la gente”—, sino los dictámenes de los empresarios, las

órdenes militares, las prédicas religiosas con las que cada una de las instituciones exhibe (en el sentido del exhibicionismo como patología) una enorme cuota de poder, que permite sospechar que nos encontramos inmersos en una forma múltiple de co gobierno, un co gobierno que excluye y menosprecia a la ciudadanía. Un sujeto ciudadano empujado a adecuarse a una extraña forma de democracia que lo invoca sólo como retórica. Que lo convierte en un ciudadano que simula a la apariencia de un ciudadano.

III

Desde otra perspectiva (se entiende que estoy hablando de lo mismo), el proceso tecnologizador con el que cerramos el siglo implica, entre otras cosas, poner en cuestión el concepto de frontera, disminuir la frecuencia y el espesor de los territorios, un proceso de tal magnitud e intensidad que vuelve urgente la pregunta sobre cuál sería aquella frontera o límite que hoy nos podría convocar como desafío político, en el interior de un tiempo histórico signado por la paradoja y la sospecha en torno a todo aquello que permanece cifrado y fronterizo. Me refiero al desafío que plantea politizar —en el sentido de construir una ética y una estética— lo que se resta, lo que parece demasiado opaco o lo que no resulta productivo.

Habría que pensar en la resistencia que plantean ciertos cuerpos cuando se presentan como irreductibles a ser atrapados o seducidos o sometidos a las lógicas de consumo o a las formas culturales dominantes. Habría que pensar a un considerable número de cuerpos que se mantienen refractarios a pactar pacíficamente con los hábitos que el sistema tecnologizado les propone, como son los cuerpos marcados por políticas disidentes o recorridos por la locura o sumidos en la extrema pobreza o representantes del espacio psicorreligioso de los pueblos originarios.

Sabemos que la globalización es un discurso y como todo discurso presenta grietas y alteraciones. Sabemos que millones de cuerpos permanecen insumisos —aunque se deba sólo a la precariedad de sus condiciones— frente a las ordenanzas del ultra capitalismo. Sabemos que este proyecto económico se parapeta en su matriz tecnológica para operar hoy sobre los cuerpos y los paisajes, hasta fragilizarlos y volverlos desechables, para así construir —desde la fragilidad y el

desecho— una hegemonía compactada provocada por la sobreabundancia de objetos, por la extrasaturación de las imágenes.

Pero junto a la rebeldía de esos cuerpos, que en su conjunto parecen ser un límite debido a sus tensiones ya empecinadas con los poderes centrales, puede pensarse también en otros límites a los que se enfrentan los discursos oficiales.

El fin de la literatura o, más bien, el fin del libro literario se convirtió en uno de los presagios sostenidos en la segunda mitad del siglo xx. El augurio de este fin aludía, especialmente, a una disputa de prácticas estéticas en donde se señalaba al libro como un objeto anacrónico que difícilmente se mantenía a flote en una época que se volcaba a la tarea de deshacer y rehacer sus signos culturales.

El libro literario fue visto como límite (en el amplio sentido del término), una instancia en vías de disolución; de la misma manera en que una gran parte del siglo puso a la cirugía cosmética en la esfera del secreto, obligando a sus usurarios a la negación de la intervención médica, alegando, en cambio, el milagro de la eterna juventud, el fin de siglo busca hacer de la cirugía estética un consumo masivo que es posible, en parte, por el distanciamiento del sujeto con el propio cuerpo, que pasa a convertirse en un objeto más, en un material susceptible de ser intervenido porque el bisturí rejuvenecedor se representa como una responsabilidad de carácter ético con la cultura, puesto que permite fundirse con las imágenes lozanas que solicita el escenario social del milenio que se inicia. Así, de la misma manera que la industria cosmética libera los engranajes que la mueven y articula un discurso ideológico que la valida, el libro literario ha debido disgregar sus fronteras para permanecer como producción y poblar los escaparates del siglo xxi.

En una competencia abierta con la imagen, con la suma alucinante de prácticas audiovisuales, el libro literario del siglo xx fue valorado por los macro discursos sociales en tanto portador del sentido y en cuanto fue capaz de representar la cultura en el interior de una trama social que se caracterizó por su creciente descultura. El libro, entonces, ha sido conceptualizado como un espacio conservador, susceptible de eludir los desbordes producidos por las nuevas sensibilidades regidas por los objetos frágiles. El libro se presenta, en este panorama, como la cita de una antigua solidez, como la memoria de una arquitectura del sentido, como un medio que garantiza el carácter plural y consistente del lenguaje.

Pero la necesidad de comercialización del libro ha producido una exacerbación de las estrategias editoriales y hasta culturales.¹

La bíblica Torre de Babel es útil para pensar las nuevas condiciones en que se mueve la literatura entregada ya enteramente a las prácticas comerciales. Me refiero a la conformación de una Torre de Babel con sus lenguas confundidas, desjerarquizadas, sin traducción posible. Una Torre de Babel abierta al despliegue histórico (pero no lo suficientemente anárquico como para resultar apasionante) que sólo busca generar un deseo de consumo simétrico al deseo de consumo de la cultura del desecho.

La literatura para permanecer ha requerido de esta nueva Torre de Babel donde las escrituras proliferan y explotan, donde el trabajo con los signos coexiste con las nuevas normativas en las que se define la literatura. El llamado "best seller", legitimado como aporte cultural, reclama su derecho a transformarse en material de teorización y en correlato de la realidad. La literatura que aborda el espesor del sujeto o los discursos emanados en los espacios privados del diván que fueran diseñados por Freud, hoy se reciclan en veloces textos de "autoayuda" que, junto con sanar y optimizar al sujeto, se establecen como narrativas posibles.

El libro, entonces, después de la incesante amenaza de una pronta extinción, podemos asegurar que ha sobrevivido al siglo. Resguardado en su antiguo prestigio, legitimado por el peso particular de su historia, el libro ha logrado, mediante diversas estrategias editoriales mimetizarse a las demandas del mercado, convertirse en un dispositivo de consumo masivo.

Pero, de la misma manera que persisten cuerpos que no quieren o no pueden alcanzar las vitrinas en las que se ofrecen las sensibilidades dominantes del presente, existen también vastos segmentos literarios que ocurren y perviven en un impresionante grado de localismo, un localismo que resulta irreductible pese a la oferta tecnológica que está programada para homologar cualquier forma de diferencia.

¹ En este punto, como ilustración y a riesgo de caer en anecdotismos, no puedo privarme de recordar el gesto francamente extremo del actual ministro de Educación, Arellano, que nombró recientemente como embajadores oficiales de la lectura, entre otros, a la cantante Miriam Hernández y la Primera Dama de la República, Marta Larrechea.

En este sentido, la poesía sería el espacio que parece incompatible con la cultura consumista y que, no obstante, no se extingue como signo social. Pero, claro, sólo persiste en la evocación del signo mismo, deambulando por los espacios públicos en medio de una versificación fracturada que es capaz de dar cuenta, precisamente, de un vacío. Entonces, la poesía se cursa como doble de sí misma. Sin alcanzar a liderar un espacio editorial competitivo, la poesía realiza una venta suficiente que es potenciada por el gesto poético y casi transgresor que implica su mera adquisición.

El predicador, el poeta, el político, el militar que conformaron las figuras líderes de la primera parte del siglo XX, prescinden hoy del poeta de su cuadro de honor para permitir la entrada triunfal del empresario (en su amplio, mutante sentido del término). Mientras una parte del siglo experimentó una cuota de pudor que impidió exhibir el "glamour" del capital, el cambio de siglo hace del capital un síntoma glamoroso cuya ideología es precisamente controlar la ideología para multiplicar su poder o, dicho de otro modo, comercializar al máximo las ideologías hasta convertirlas en marcas y en mercado.

De esta manera los grandes enfrentamientos discursivos que atravesaron el siglo XX y que se establecieron como disidencia crítica frente a los poderes centrales, o han sido cooptados por las instituciones o bien han sido suplantados por simuladores débiles o permanecen arrinconados y marginados en los confines de los mapas públicos.

La problemática de género, con su componente explosivo, cuya emergencia, al menos en un nivel teórico, reformulaba enteramente el trazado de fuerzas de los escenarios sociales, hoy circula de manera fragmentaria a través de los imaginarios colectivos estableciendo una suma incalculable de pequeños pactos que horadan la posibilidad de establecer una épica radical que consiga modificar las bases sociales imperantes.

Esta obligación a negociar, de manera siempre parcial, convierte la demanda en mercancía, la negociación en negocio (lucro) y a los materiales simbólicos que están en juego, en representaciones abrumadoramente literales.

Resulta interesante observar cómo lee el actual sistema la problemática de género y la manera en que el mercado comercializa las disputas, en consignas simplificadas que, en su conjunto, muestran una regresión del modelo femenino en Chile a una época similar al siglo XIX.

El gran modelo femenino (no estoy pensando en un femenino "real" sino que me refiero a las imágenes públicas, me refiero a un femenino construido por la suma de discursos oficiales, me refiero a las programáticas orquestadas por el mercado) es el modelo del melodrama y el folletín. Por ello la teleserie contribuye notablemente a la instalación de este femenino "retro". Así, el relato pormenorizado de la sentimentalidad va a ser el espacio de habla privilegiado para el discurso público de la mujer.

El amor, como tema recurrente, reaparece triunfalmente como único dominio de lo femenino (padecer a las actrices de teleseries relatando una y otra vez sus romances, una y otra vez sus romances, una y otra vez...). No se trata, desde luego, de pensar que estas actrices deseen, en realidad, contar una y otra vez sus aptitudes amorosas, sino lo que ocurre es que el sistema sólo les permite "ser" (públicas) en la medida que "produzcan" una y otra vez sus romances y si no obedecen, la insubordinación implica, de manera inmediata, la caída del *rating*, la desaparición en las carátulas de moda.

Entonces, mientras a nivel público la mujer chilena es la encargada de liderar el discurso amoroso y familiar (los amores, los dramas familiares y el discurso maternal) al hombre le cabe establecer los discursos relativos a la administración, la reflexión, las éticas, las políticas, las estéticas, la religión, la guerra y el dinero.

Por supuesto, este neo folletín amoroso ha experimentado modificaciones como la erótica y el dinero. Pero —y esto es lo que me parece sintomático— la inserción social que alcanzan estos discursos está destinada a su apropiada reproducción, es decir, la apariencia de que la objetualización y manipulación de lo femenino es realizada por parte del femenino mismo y, de esa manera, se oculta la sistemática operación política que realiza el sistema. El cuerpo sobre explotado, la erótica como armamento social, una ya histórica capacidad de amar, la aptitud para la carga dramática, son los monótonos lugares comunes que atraviesan los discursos públicos y que terminan por relegar a la mujer a la esfera menos punzante en la distribución de los poderes sociales.

Esta operación política —que en definitiva son controles y disciplinamientos, domesticación comercial a la problemática de género— vuelve a profundizar la asimetría social entre las construcciones culturales asignadas para lo masculino y lo femenino y permite que se consolide una asombrosa concentración de poder en manos de lo masculino.

En Chile, no deja de ser interesante examinar la relación género y literatura en los años de la transición democrática y cómo, en la actualidad, se puede ver la sincronía y complicidad (en último término política) de un conjunto de autores empeñados en mantener lo literario en el ámbito de lo masculino, un grupo de autores que lideran un escenario que resulta más social que literario y donde sus discursos y estrategias son simétricos y funcionales con una cierta burguesía a la que aspiran representar, una burguesía que se desliza de manera amorfa entre un centro tibio y una derecha moderada coexistiendo de manera confortable en medio de un alto grado de indiferenciación. Este —digamos— post club de Toby local, se enfrenta a nuestros actuales y exitosos representantes chilenos en el extranjero, cuyos discursos (de fama, de universalismo, de desprecio al interior), también resultan extraordinariamente centristas y masculinos y terminan por configurar una forma de misoginia cultural.

Pero, más allá de estas alianzas o contra alianzas de carácter neomachista, el mercado, por el momento —implacable como es—, se empeña en relevar las producciones literarias elaboradas por ciertas mujeres que portan la capacidad de establecer ficciones que entran en diálogo con el actual sistema. A un pequeño grupo de escritoras les ha correspondido encabezar, en los últimos años, las listas de libros más vendidos. Desde el tiempo del llamado *boom* latinoamericano que encabezó García Márquez no se producía un hito de ventas y promoción literaria de esta envergadura. Este nuevo *boom* de mujeres latinoamericanas, a mi juicio, no aspira a remodelar las estéticas literarias, sino más bien a reordenar y readecuar lo femenino conservando los trazados del relato tradicional. Centrado en el modelo amoroso, este nuevo *boom* parece el único capaz de generar una lectura masiva sobre sus materiales y conseguir así una fuerte inscripción en el mercado.

Sin embargo, más allá de esta doble ganancia, que no es de índole literaria sino sociológica: hacer de lo femenino el centro privilegiado de la narración y además disputarle a lo masculino un lugar en el mercado, el punto crítico y teórico consistiría en seguir manteniendo la pregunta en torno al lenguaje y sus fronteras. No se trata sólo del lugar de la heroína y su demanda de género, sino más bien de enfatizar que la cuestión de género es una construcción social susceptible de ser modificada a través de los lenguajes y vulnerar así la costumbre de identificar linealmente la relación mujer-femenino y hombre-masculino (homologar biología y cultura). El desafío más in-

interesante es politizar los géneros para descomprimir así las redes de opresión que rodean al sujeto condenado a ser modelado por los intereses volubles del presente.

Se trata de entender que estamos bajo los efectos de una arras-trante maquinaria de producción de subjetividades en las cuales se cursan sensaciones, emociones, discursos, certezas, estilos. Se trata de entender que ésta es una maquinaria burguesa: excluyente, clasista y racista.

En este sentido, lo que me parece más provocativo, a nivel cultural y político, es observar a través de los pliegues, y de las sombras que yacen tras los dispositivos del mercado, para detenerse en relatos y propuestas tensas y deliberadamente periféricas que se mantengan replegadas y que se resistan a ser convertidos de manera automática en marcas, moda, estilo y *look* y que, sin embargo, sostengan una conexión oblicua con el estilo, con la marca, con el *look*. Quiero decir, obras literarias y gestos políticos que se inscriban como problemas, pero que no estén dispuestos a ser triturados y disueltos en una acrítica marea consumista.